

EL PRECIO DE LA PAZ EN EL VACIO ETICO Y SOCIAL

Presbítero Francisco de Roux. S.J.

Doctorado en Economía en la Universidad de la Sorbona de París. Master en Economía de la Universidad de los Angeles. Master en Economía en la Universidad de Londres. Director General del Centro de Estudios Sociales, Políticos y Educación Popular Jesuíta, CINEP.

Yo quisiera tocar solamente algunos puntos, que parecen importantes para discutir dentro del contexto tan amplio de Alfredo de los Ríos, abierto en la magnífica intervención de esta mañana y por eso voy a ser conscientemente simple. En algunas cosas voy a hacer afirmaciones que desafortunadamente no tenemos tiempo para elaborarlas con toda su urgencia y por lo mismo quisiera que esas afirmaciones me las oigan con la mayor simpleza, yo diría casi con humildad, porque son absolutamente discutibles. Pero creo que en una reunión de científicos se deben lanzar cosas para la afirmación.

Quisiera ante todo, porque es enormemente importante explicitar y dejar claro, qué estoy entendiendo por violencia en este rato de conversación y quisiera que le dijéramos violencia, a ese concepto de violencia en una dimensión política, una totalidad que en este momento se plantea en esta tierra nuestra que es Colombia, y significa fundamentalmente, una totalidad donde se niegan las posibilidades para todos de la garantía a la vida, donde se han levantado una serie de realidades sociales, políticas, culturales, psicológicas, etc. que amenazan la vida de todos, primero en su constitución física misma y por lo mismo en su constitución síquica. En esa totalidad, estoy concibiendo el término y a eso me quiero referir, de manera tal que cuando pienso que hay que cambiar ese estado general de cosas como una tarea para todos nosotros y cuando voy a decir que se necesita la agresividad también para cambiar ese estado de cosas, voy a distinguir entre agresividad y violencia y entre fuerza social y violencia, porque es imposible cambiar ese estado de cosas si una cierta dosis de agresividad no está presente. Pero la tarea es cambiar ese estado de cosas. Todos nosotros tenemos que cambiar un estado total que hay en el país de una comunidad nacional orgánicamente enferma.

Quisiera empezar por plantear este tipo de preguntas, claro que en Colombia hay una cantidad de injusticias sociales, no voy a elaborar sobre este tema, pero la pregunta de fondo es, ¿por qué otros países que tienen igual o más injusticias sociales que Colombia, no tienen los grados de violencia en los términos en que nosotros los estamos usando, qué se da en nuestro país?

Otra pregunta, ¿por qué en Colombia siendo uno de los países más católicos?, me refiero a católicos con una precisión muy exacta, el catolicismo como símbolo de la unidad ideológica nacional. Cuando vino el Papa, la tercera parte de la población colombiana salió a las calles, 8 millones de colombianos además de todos los que vieron la llegada del Papa a través de la televisión. Esto tiene un sentido simbólico muy interesante. Posiblemente haya hoy en el mundo sólo tres países donde esa realidad se da, Polonia de donde es Juan Pablo II; Irlanda, la Irlanda católica y Colombia. Porque en este país que tiene esa dimensión de catolicismo, ha llegado a un grado tan profundo la destrucción de la vida y la desvalorización de las posibilidades con dignidad del ser humano, hasta el punto que los destruimos para poder imponer las posibilidades de otros?

No me voy a referir a la serie de caracterizaciones internas que se puedan hacer al interior del fenómeno de la violencia, porque creo que en la conferencia que acaba-

mos de oír, eso fue suficientemente explicitado y allí tenemos ya tarea abierta para una discusión.

Pero si quisiera hacer un panorama rápido para que repasemos un poco, qué es lo que nos está pasando y lanzar como un desafío, el que enfrentemos alternativas posibles para salirle al paso a esta realidad tan cruda que todos nosotros estamos viviendo. Esa panorámica rápida que voy a exponer, va a tener los siguientes elementos:

Primero, voy a retomar algunos elementos históricos, muy elementales porque me parecen sustanciales para tratar de entender donde estamos nosotros hoy. Hoy, cuando aquí particularmente en Antioquia se acaba de hacer referencia a eso, tenemos elementos tan terribles de la dimensión de la violencia que hace estallar la planta de cementos o la muerte de los muchachos de la JUCO, en un país donde legítimamente no hay ningún espacio para que alguien pueda ser comunista; la muerte de los compañeros de la Universidad de Antioquia, etc.

Primero entonces tocaré algunos elementos históricos.

Segundo, voy a mostrar el comportamiento de la clase dirigente colombiana y muy particularmente de la clase política colombiana frente a esa realidad histórica que nosotros tenemos de fondo y por supuesto la dimensión de la iglesia católica y su responsabilidad en esto.

En tercer lugar, voy a mostrar como el comportamiento de las clases dirigentes colombianas crean unos vacíos hondísimos en el país, vacíos de Estado, de sociedad civil, vacíos económicos y un vacío ético al que me quisiera referir con particular insistencia como una invitación de las que hizo Alfredo de los Ríos en la conferencia anterior.

En ese contexto, aparece la mafia y en este contexto aparece la guerrilla, como alternativas para salir de esta situación de violencia, y esas salidas desembocan en posiciones todavía más complicadas. Es allí donde nos dejan a nosotros el desafío.

¿Qué vamos a hacer para salir de esta circunstancia en la que estamos terriblemente involucrados todos?

Tomemos entonces, algunos elementos históricos. Yo estoy completamente de acuerdo con la conferencia que acaba de pasar, cuando se afirmaba que es falso de-

cir que el pueblo colombiano , nuestro pueblo, haya sido históricamente un pueblo violento. Lo que aparece cuando uno lee detenidamente la historia colombiana, es el comportamiento de la clase política colombiana que lleva al pueblo después de las luchas de independencia a luchas con machetes y fusiles para mantener hegemonías personales en épocas en las que el país era casi una división de grandes fincas.

Fíjense ustedes, después de 1810 en la división entre centralistas y federalistas, que aquí en Colombia llevó a un primer enfrentamiento en el que se llamó al pueblo a los machetes, lo que hizo que se destruyera lo que fue la luna de miel de nuestras primeras libertades y en 1816 los patriotas fueron fusilados. Cuando los soldados colombianos regresan en 1826 del Perú y de Bolivia, inmediatamente se comienza de parte de los jefes políticos regionales a llamar a los peones de las fincas para defender sus intereses. Cuando después de la Constitución de Rionegro en el período de los Estados Soberanos, durante 20 años nosotros vamos a tener mas de 56 guerras al interior de esos mismos Estados, promovidas por pequeños caudillos locales y pudiéramos seguir analizando cada una de esas confrontaciones hasta llegar a la guerra de los mil días. No me voy a detener en estos puntos, pero si quiero relievlar uno que me parece particularmente importante por mi posición dentro de la iglesia. La iglesia católica juega un papel serio en este asunto y nosotros los cristianos aquí presentes, tenemos que retomarlo por todos estos elementos complejos del inconsciente colectivo que en nosotros vive.

Monseñor Moreno, obispo de Pasto en 1900, es para mí la expresión clara de la política, como política violenta predicada desde el púlpito y hoy está en proceso de canonización y habiendo sido beatificado por Pablo VI.

En los textos de las pastorales de Monseñor Moreno en esa época, termina invitando a la guerra santa diciendo que la guerra de los mil días es una guerra de religión. Hacia 1926, cuando comienza a tomar fuerza el comunismo en Colombia, el gobierno saca una ley sumamente represiva que fue rápidamente avalada por los obispos colombianos. Con base en ese avalamiento, se hace la matanza de las bananeras que fue una solución militar a un problema social que nunca encontró salida en Colombia y que quedó en el inconsciente de nuestra tradición viva todavía en el Magdalena Medio.

Yo quisiera explicar que no me interesa hacer un juicio de la historia, la historia hay que vivirla en su momento para poderla entender. Por eso el propósito no es estudiar a nuestros anteriores, sino entendernos a nosotros mismos, cual es el problema, de dónde venimos y en qué circunstancias históricas, en qué colectivo, en qué me-

moria histórica estamos viviendo, qué salta en nuestra imaginación cultural cuando sorprendentemente nos encontramos en problemas tan complejos. Cuando empieza la hegemonía del partido liberal, Monseñor Builes, a mediados de los años treinta, va directo en sus palabras contra el liberalismo y contra el gobierno liberal, al que señala como aliado de los protestantes norteamericanos, defensor de los masones y de los comunistas que están tratando de imponer una hegemonía liberal contra los campesinos conservadores, cuya sangre clama desde las tumbas.

Que lenguaje tan violento. Todas esas cosas no vamos entrar a plantearlas más despacio, son enormemente complejas. No todos los jefes de la iglesia procedieron así, ni tampoco todos los funcionarios estuvieron de acuerdo con esta especie de identidad institucional entre el partido conservador y la iglesia, pero sí son realidades de nuestra vida histórica. Basta señalar una cosa, uno se pregunta por qué el pueblo de Bogotá el 9 de abril de 1948, después de incendiada la ciudad y de ir en protesta contra el palacio de gobierno, quema iglesias, mata monjas y mata sacerdotes?

Independientemente de los elementos manipuladores que siempre se presentan en este tipo de confrontaciones sociales, es obvio que allí había parte de lo que era la identificación que el pueblo hacía sobre sectores de una iglesia que había predicado hasta la guerra, el anticomunismo y el antiliberalismo. Por eso, cuando la misma iglesia durante el período llamado, la violencia, lanza una pastoral de paz y los sacerdotes van a hacer misiones predicando la paz en los sitios más duros del Tolima y del Magdalena Medio, ese discurso de la paz no logra desbordar la violencia que la misma iglesia había contribuido a producir.

Después de eso hubo muchas otras cosas que yo no quiero relatar aquí, porque estoy seguro que Eduardo Pizarro las va a decir esta tarde; las luchas campesinas de principio de este siglo por la tierra que les había sido arrebatada a ellos y a los indígenas, los elementos más cruciales del desencadenamiento de lo que fue la violencia, de la llamada así violencia política, la problemática de la introducción de la lucha guerrillera con el cambio institucional y sobre todo después de la revolución cubana, se desata en el país toda una infinidad de elementos internos en esa lucha que vale la pena analizar con mucho cuidado. Pero yo quisiera dejar eso ahí y referirme al comportamiento de nuestra clase dirigente y muy particularmente de nuestra clase política, porque yo considero que nuestra clase dirigente no comprendió los profundos cambios sociales que en el país se produjeron en los últimos cincuenta años. Aquí no tenemos tiempo de hacer toda esa organización de datos, pero ffjense, quizás no lo hemos meditado, Colombia pasa de ser un país agrícola a ser un país urbano.

Siendo un país urbano, las ciudades crecen más o menos a un 7% durante el período. La información que en 1930 era manejada por unas pocas familias de aquí de Medellín, unas pocas familias de Bogotá de las que casi pudiéramos decir los apellidos, unas pocas familias de Cartagena, de Popayán y de Cali, que se llamaban por el teléfono inalámbrico y se comentaban como estaba la situación política y la situación internacional, todo eso cambia sustancialmente y hoy en día la información circula por todos los barrios de Colombia y por todas las veredas, todo el mundo oye RCN y Caracol y se entera de todo lo que está pasando en el país, en las fábricas, en cualquier parte de Colombia, la radio y la televisión llegan a cualquier parte del país.

En 1940 uno de cada 10 mil colombianos tenía algún estudio de bachillerato. Hoy en día en las cohortes de población nacidas en 1970, 700 de cada mil colombianos tienen algún estudio de bachillerato con toda la información y toda la capacidad, así sea elemental, de enfrentar la realidad del país y la posibilidad de criticar lo que está pasando, qué es lo que significa, sobre todo cuando ha habido, muy particularmente en el sector oficial, un magisterio crítico. Podríamos comentar más cosas; la reforma agraria entre 1962 y 1982, el país promete invertir en el Incora 26 mil millones de pesos y se promete distribuir 10 millones de hectáreas a los campesinos, según los documentos originales de 1961. Veinte años después, de esos 26 mil millones sólo se utilizaron mil millones, 1.300 millones de pesos se utilizaron en compra de tierra, todo lo demás fue burocracia y fue el acrecentamiento de ese aparato gigantesco que se llama Incora.

Piensen lo que esto significa, particularmente en este sentido. La ausencia de una clase política que entienda los profundos cambios que va haciendo el país, porque esos grados de educación, de participación ciudadana, de presencia de las gentes en todas partes requiriendo cambios profundos en la modernización del Estado, eran gentes que tenían posibilidades de vida, que requerían una economía que garantizara las condiciones elementales de la circulación económica y de la democracia humana. Piensen no más en lo que fue la ausencia del desarrollo de la dimensión jurídica en el país.

La realidad de ese comportamiento que se ve en nuestra clase dirigente, es que parece ausente de los grandes cambios que en el país ocurren. Colombia es otra cosa en 1980 a lo que era en 1940. Parecería que el mensaje profundo de la revolución del primer López Pumarejo, pasó sin romperse ni mancharse por este país. Esa realidad en el transcurso de la historia que yo estaba tratando de evocar ante todos nosotros, esta historia de los partidos y de la iglesia ahí presente y del surgimiento de

la guerrilla va a crear en Colombia unos vacíos profundos y es a eso a lo que quisiera hoy entrar a referirme, el vacío del Estado, el vacío de comunidad, el vacío de sociedad civil, el vacío económico y eso va a ser adobado como trataré de explicarlo más despacio, por el vacío ético.

Creo que no tengo que detenerme en cosas que basta con enunciarlas. El vacío del Estado uno lo percibe cuando los gobiernos del país, muy particularmente en las así llamadas zonas de rehabilitación y los barrios populares de nuestras ciudades, Medellín, Bogotá, Cali, Barranquilla, uno se encuentra con que no hay seguridad social para los ciudadanos, con que no hay un aparato jurídico donde se hagan respetar las normas y los derechos de las gentes, con que no hay salud que es el problema fundamental que a ustedes los ocupa siempre en dimensiones tremendas de esta realidad.

Esta mañana justamente leí el estudio de ustedes sobre alimentación en un periódico local, a propósito de esta situación, de la incapacidad de nutrir a los niños porque los gastos familiares no dan para comprar la canasta familiar. Esta realidad del vacío del Estado es todavía más traumática, cuando las gentes se organizan y salen en protesta por esta situación en que viven. Pongan ustedes el caso de lo que ocurre a las gentes que viven en las zonas donde la producción de petróleo, el carbón y el oro crean regalías, regalías que se deberían usar para hacer acueductos y alcantarillados, esto ha pasado en diferentes zonas del país, por lo tanto voy a evitar nombrar pueblos. Las gentes salen a protestar por los acueductos nunca hechos con las regalías que debieron haberse utilizado para hacer estos acueductos y esta gente ha encontrado que su protesta ciudadana se demoniza, se dice que ese no es el pueblo, que son los comunistas, que son los guerrilleros, que son los narcotraficantes los que están empujando a la protesta ciudadana. Más todavía, gente que se ha dado cuenta que las regalías le han sido robadas por burócratas del Estado y que salen a protestar y a la gente se le tira el ejército.

Yo quiero enfatizar lo delicado que es esto porque es evidente que un país necesita de ejército y necesita policía, hace falta un elemento punitivo de la totalidad social y de las leyes sociales. El problema es cuando el pueblo lo único que ve en un Estado es la dimensión punitiva y sobretodo cuando sabe que ese Estado, es un Estado errático. No estoy hablando de un gobierno, esto vale para este gobierno, para el anterior, para el anterior y para el anterior, etc. Digo Estado cuando el pueblo ve que ese Estado es errático, irregular, que unas veces responde con unas cosas y otras con otras, de acuerdo con los políticos de turno que lo controlan y que sólo defienden in-

tereses que el pueblo se da cuenta que no son intereses suyos, y se da cuenta que hay un ejército para defender los intereses de ese Estado.

Eso es grave porque crea una desconfianza enorme de las gentes hacia el Estado. Recientemente conversando con la gente de Carlos Ossa en Bogotá, ellos me decían una cosa que me pareció perfectamente natural. El gobierno hace un esfuerzo grande y serio por crear jueces que vayan a los sitios donde hay violencia, para recibir declaraciones sobre las personas que están cometiendo estos crímenes. Ochenta cargos de jueces se crearon recientemente, saben ustedes el valor civil que necesitan esos jóvenes para irse a un sitio como Arauquita a oír declaraciones sobre personas que han cometido crímenes?

La gente cuenta en los bares, en los atrios de las iglesias quiénes cometieron esos crímenes, quienes fueron los pistoleros, pero nadie cuenta ni se presenta frente al juez que llegó allá, porque nadie cree en el juez, porque nadie cree en el Estado. Este y otros ejemplos podría enunciar para poder decir algo sobre el vacío del Estado, repito vacío del Estado no del gobierno.

Segundo, el vacío de sociedad civil. A lo que quisiera referirme con esto, es a la ausencia de comunidad, de comunidad humana, esto que nosotros consideramos que es un organismo que es parte de lo que está viviendo nuestro país en este momento. Bueno, uno lo ve por todas partes, en los barrios populares de Bogotá, Medellín, o Agua Blanca en Cali, cuando uno se encuentra grandes poblaciones migratorias que dejaron los campos porque no hubo solución al problema agrícola, se amontonaron en las ciudades y viven en las ciudades sin preocuparse de quien es la persona que vive en la casa vecina, un poco de la teoría del Homo Hominis Nupus con la teoría de que el "hombre es un lobo para el hombre y ustedes salvéense como puedan", porque no tienen un futuro organizado o cuando usted va al campo hoy en día y se encuentra con que el campesino es un ser atomizado, asustado de lo que le llegue de la guerrilla o de lo que le llegue del ejército, donde no quiere comunicación con nadie, profundamente sospechoso de los demás.

En los barrios populares de Medellín o de Bogotá y en las veredas campesinas, de pronto se encuentra una maestra de escuela, un cura, una monja, que comienzan a contruir comunidades humanas, un médico de esos que están perdidos por las veredas, convencidos de que lo único que puede salvar esta situación es construir personas y que las personas solamente se pueden hacer en comunidad y que no pueden confiar en los políticos que pasan por allí buscando votos y haciendo promesas totalmente versátiles.

Sin embargo esa comunidad no acaba de hacerse. Yo quisiera llamar la atención sobre esto y dejarle un poco de reto a Eduardo Pizarro para esta tarde, porque el Estado de una sociedad civil que se da, es el correspondiente a la dimensión de la existencia de la civilidad en ese pueblo, en eso los politólogos son muy claros. Sólo con una comunidad civil real es posible tener un Estado, si esas dos cosas no existen, este vacío de Estado enorme que nosotros tenemos en Colombia es concomitante, es la otra cara de la moneda, de la ausencia de civilidad, de comunidad civil entre nosotros.

Podría hacer referencia a otro vacío muy grande que aquí también se percibe espontáneamente, por los datos del DANE, que es el vacío económico. Cuando uno sabe que todos los días salen por las calles de Bogotá 87 mil personas que están buscando empleo, -esto es el 12% del desempleo abierto de Colombia- y no encuentran trabajo y aquí en Medellín salen 37 mil o 42 mil personas en busca de empleo y no lo encuentran y lo único que encuentran básicamente durante la semana es no encontrar ese trabajo con el que le van a llevar la comida a los de su casa. Cuando uno por otro lado sabe que desde hace años, desde mediados de la década del 70, la clase dirigente colombiana saca a Norteamérica y Europa más de mil millones de dólares por año, que deberían utilizarse aquí para la creación de empleo y la creación de fuerzas productivas. Cuando uno encuentra la situación por ejemplo de la economía informal, que es la manera como la gente se ha lanzado a vender en las calles y a tratar de encontrarle solución a su problema de vida, y se encuentra con que a esa misma gente, el Estado no la entiende, con que la policía se va contra esos pequeños vendedores ambulantes. Pareciera que no han captado la verdadera dimensión de la problemática que estos pobres hombres y mujeres viven para tratar de subsistir, o cuando se encuentran con la cantidad de campesinos hombres y mujeres de Colombia que por ausencia de solución al problema agrícola, salieron como nómadas más allá de la frontera, entraron a la selva y así comenzaron a producir cocaína, porque era la única forma de solucionar un problema donde no había otra forma de vender los tomates, la yuca, el maíz que estaban cultivando en esas regiones. Dejemos ahí el problema, es mucho más complejo el vacío económico, porque habría que referirlo a otras cosas como la deuda externa del país, como el déficit fiscal, el déficit externo del país, como la dominación que sobre nuestra misma economía se hace, pero esos temas nos entrarían en demasiadas disertaciones. Quiero insistir en que estoy concientemente haciendo juicios de valor. No pretendo tener razón en lo que estoy diciendo, quiero que lo discutamos y si hay hipótesis mejores, sean bienvenidas porque esta situación la tenemos que enfrentar con valor todos nosotros.

Esos vacíos, el vacío de Estado, el vacío de sociedad civil, el vacío económico, van a tener además un gravamen, un agravamiento enorme en la siguiente realidad. El vacío ético que existe en este momento en Colombia. Lo que quiero entender por esto es lo siguiente: en Colombia a hecho colapso, explotó la moral católica como posibilidad de unificar, de dar coherencia al comportamiento cívico de este pueblo nacional. Eso ya no funge. Cuando digo funge es que una persona no va a dejar de matar a otra en Colombia porque de pronto se la lleve el diablo, o se vaya al infierno, eso ya no existe, no se va a dejar de utilizar a la mujer del amigo porque va a violar el sexto mandamiento, eso ya no funge. Queda viviendo en algunos reductos de la población colombiana donde todavía perseveran las tradiciones católicas profundas pero como norma de comportamiento, medio masivo de la sociedad colombiana, eso ha desaparecido.

Justamente, Alvaro Tirado Mejía hizo un análisis reciente en que dice que el cambio más serio que se ha producido en Colombia en los últimos veinte años es la secularización de la sociedad colombiana, tan grande que asustaría a un cura de parroquia muerto en los años sesenta y que hubiese resucitado y vivido hoy en día en las calles de Medellín. Pero lo grave es que quizás la secularización que es el término que utiliza Alvaro es problemático, yo diría que se ha creado un secularismo sin secularización, pero no vamos a entrar en esa profundización. Me interesa subrayar lo siguiente, fíjense ustedes que la ausencia de moral católica en un pueblo no significa necesariamente la destrucción de una comunidad humana. Uruguay, ustedes seguramente lo conocen, es una comunidad laica. Ahí hubo una ética católica que ustedes seguramente si han estado en Montevideo, se han paseado tranquilos por las calles de Montevideo y durante las horas de la noche. Suecia hizo una sociedad atea, nunca hubo ética católica, las gentes respetan las normas de tránsito, las gentes son serias en sus conversaciones comerciales, hubo un escándalo el día que hubo un crimen político, el de Otto Palmer, porque esa sociedad no capta, no acaba de ver como es posible que el terrorismo internacional les entre hasta allá. Eso no juega dentro de una sociedad que, insisto, no tuvo ética católica. Inglaterra tampoco tuvo ética católica, fue una sociedad protestante. A los ingleses se les educó con una frase muy de sociedad civil que todos conocemos: "Los caballeros no mienten", un poco machista la frase, pero los caballeros no mienten, pero ese pueblo se educó no diciendo mentiras por eso se hizo una ética en Inglaterra. Nosotros hicimos colapso con nuestra ética católica y no tenemos una ética civil sustituta, eso es lo grave. Sobre esto hay un par de hipótesis muy complicadas y que valdría la pena tratar de analizar aquí o en otra ocasión. Hay una hipótesis suave que dice: La iglesia católica estaba tributada por la constitución de la sociedad católica, de la comunidad católica y

no le preocupó construir una comunidad civil en Colombia. Es posible que haya también un problema de metodología; la iglesia no supo como introducirse dentro de la modernización y los cambios profundos que estaban ocurriendo en Colombia, problema que hay que dejárselo a los teólogos. Pero hay una posición todavía más radical que dice: la iglesia subvirtió a la sociedad civil colombiana siempre y en todo momento.

Más suaves o más fuertes, en el compromiso de la iglesia en este proceso, pero lo que quiero resaltar es la situación de una sociedad que pierde su ética católica y que no construye una ética civil alternativa, como forma de un comportamiento social entre todos nosotros donde hombres y mujeres católicos y no católicos, comunistas, liberales o conservadores, nos reunimos y nos ponemos de acuerdo para establecer un patrón que nos permita vivir como seres humanos entre nosotros, independientemente de lo que cada uno crea.

Creo que habría que hacer una referencia espacial, para ubicar mejor este problema, porque estos vacíos a los que me estoy refiriendo, el vacío de Estado, el vacío de sociedad, el vacío económico, el vacío ético, han tenido una relevancia muy particular en ciertas regiones de Colombia. El problema de Urabá es un problema laboral, el problema del Cauca es un problema de tierras de los indígenas de doble titulación, indígenas que tienen títulos dados por el Rey de España y gentes del Cauca de las clases dirigentes de Popayán, que tienen otros títulos que consiguieron al principio de este siglo. Urabá, el Bajo Cauca y el Magdalena Medio, el oriente del Cesar, el Arauca, el Ariari y Guayabero, todo el departamento del Huila hoy en día, el Caquetá, el Putumayo, la Bota caucana, sitios muy grandes hoy de Nariño, de Antioquia, del Valle y por supuesto los grandes barrios de Medellín, de Bogotá, de Cali, aún de Barranquilla, ese es como el agujero negro de grandes vacíos que se está tragando a la sociedad colombiana, en la descomposición de este organismo para el cual los remedios particulares no sirven, sino que hay que tomarlo como una totalidad. En la conferencia anterior se decía que en toda esta situación de violencia tan compleja, que hay una de ellas que parece que toma la hegemonía, que es la violencia político-social, como respuesta a estos vacíos tan hondos que se están viviendo. Sería una tesis para explorar en las conversaciones de este día. Ojalá Eduardo Pizarro esta tarde, nos ayude a entender en qué sentido la pobreza no es la violencia, sino el caldo de cultivo de la guerra.

Una sociedad no puede resistir en unas circunstancias así. Es un problema de ecología social; la sociedad encuentra salidas o si no se desfonda. Yo voy a referirme a

dos salidas que ha buscado la sociedad colombiana, dos alternativas a esta realidad holística de extrema situación de destrucción de la vida humana. Paradójicamente pienso que la mafia, la mafia, esta mafia de la droga, es una salida buscada por la sociedad colombiana que posiblemente hace un colapso atroz.

Otra salida es la guerrilla. El guerrillero también toma las armas contra la violencia, porque quiere cambiar un estado de cosas. Fíjense, como la mafia que hoy en día fácilmente puede amarrar en Colombia a un millón de colombianos, entre los 60 mil campesinos del Caguan y los 80 mil campesinos del Ariari y Guayabero y si vamos sumando luego los hombres que hacen el transporte de la coca en canoa, y los que entran a tomarla en la avioneta y las redes que hay en los barrios y las formas de protección de los grandes mafiosos y las familias que se enredan en torno a eso. La mafia ha ejercido la manera de llenar los vacíos que de otra forma no se ha encontrado en el país, la mafia para muchos ha llenado el vacío del Estado, les da seguridad social, les da deporte, les asegura posibilidades incluso de salud, ofrece un esquema de leyes, las leyes mafiosas, que están soportadas por la legitimidad y la lealtad al patrón, pero que es un tipo de leyes en una situación de vacío ético. De alguna manera eso funciona y por supuesto se ha convertido en la salida económica de infidelidad de colombianos, una salida real, porque el país no dirigió su gasto público a crear el pequeño contexto de fondo, que garantizará que la gente pudiera comer suficientemente o negociar con suficiente independencia. Más aún, en esta enorme dependencia de la economía colombiana, la mafia ha llegado incluso a ofrecerse como una posibilidad de autonomía, por eso el debate propuesto por los que no quieren ser extraditados y la oferta que hacen de pagar la deuda externa, cuando con toda legitimidad pueden ellos decir que este es un país que tiene problemas de demanda agregada y que le están poniendo 2 mil millones de dólares por año, a esa demanda agregada, ó es que el Banco de la República no decía el mes pasado que ya en la ventanilla siniestra de este año, se han recogido mil seiscientos millones de dólares. Noten las ambigüedades de nuestro comportamiento por el cual ese comportamiento de la ética mafiosa no puede menos de destruir toda posibilidad de comunidad finalmente entre nosotros. Habría que mostrar con cuidado, cómo la dignidad de la persona humana y la ética de que cualquier cosa es lícita, si produce el dinero, son características. Ahí está lanzada pues como una alternativa a una situación de vacíos, la alternativa de la mafia. Nosotros entramos a solucionar un problema que otros no han sido capaces de solucionar y por eso hoy en día, narco, es un prefijo que se va poniendo a muchas palabras en Colombia: hay narco políticos, narco policías, narco ejército, narco guerrilla, narco fútbol, narco parlamentarios, narco limosnas, etc. etc.

La otra alternativa, la alternativa que hace el guerrillero no me voy a referir a ella porque también quisiera dejarle ese desafío a Eduardo Pizarro que ha trabajado tanto este problema durante los últimos años en Colombia. Pero el guerrillero se levanta, el guerrillero toma las armas, eso hay que tomarlo muy en serio, él toma las armas porque está en contra de la violencia como totalidad social. Claro que es un hecho obvio que en Colombia hay gente que vive del badolerismo, obvio que en Colombia hay guerrilleros que tienen problemas sicopatológicos, obvio que en Colombia hay simplezas en la manera como los guerrilleros afrontan la realidad social que estamos viviendo, pero si usted conversa con los guerrilleros, con hombre y mujeres, niñas de 16 y 17 años que cogen un fusil en los sitios de Colombia donde hay guerra, usted se encuentra que en ellos hay un ideal, vamos a acabar con esta violencia espantosa que hay en Colombia, vamos a establecer un estado de cosas donde esto no exista más y nosotros no somos como los políticos y como los curas que predicán de eso. No; nosotros le ponemos la vida y nos jugamos la vida para que esta generación nuestra, termine, la violencia antes de que ella haya terminado con Colombia. Esto es absolutamente discutible, quisiera lanzarlo para que lo discutamos. Pero si lo anterior puede ser cierto, también lo es a mi juicio que la guerrilla, en lugar de llenar los vacíos que la sociedad colombiana planteaba, la creación de comunidad, la fuerza para crear una verdadera civilización estatal que no la hay en el país, la creación de un replanteamiento completo del sistema económico, en lugar de producir eso, ha producido y ha ido desarrollando exactamente lo contrario. Pasen ustedes por Silohé en Cali o por Aguablanca. Había una comunidad incipiente, entró la guerrilla y entró detrás de ella la tierra arrasada por un operativo militar. Las gentes cogieron pánico las unas de otras y la comunidad se atomizó por completo. Eso no era lo que buscaba la guerrilla, pero es que la situación nacional es tan compleja que la salida armada ha ido estado lejos de producir una solución en camino, polarizando la situación nacional y haciendo cada vez más estrecha la posibilidad de la discusión política, civil, en la que los debates se puedan dar con toda libertad y donde uno tenga el derecho a disentir de otro, justamente, porque quiere y cree poder construir una realidad que es enormemente compleja.

Alfredo de los Ríos se refería en la conversación anterior a lo ocurrido en el Palacio de Justicia. Yo creo que el Palacio de Justicia es una muestra terrible de lo que nosotros hemos entrado a vivir en Colombia. Todas las cosas que presidieron ocurrieron y siguieron después del Palacio de Justicia, de las dos tomas del Palacio de Justicia, los guerrilleros que utilizan la vida humana para forzar el cambio de unas instituciones; lo que hacen con los jueces, los militares y los jefes políticos que después van a avalar el procedimiento de los militares. Casi todos nuestros grandes jefes, sos-

tuvieron que había que hacer eso para salvar las instituciones. Es obvio que para un cristiano la contradicción es tan grande con el evangelio, que uno no puede menos que acordarse de aquel pasaje de Jesús enfrentado a la institución del sábado de los judíos diciendo, "No se hizo el hombre para las instituciones, no se hizo el hombre para el sábado, sino que el sábado se hizo para el hombre".

Primero la vida. Es un poco lo que está aquí en juego. Después de eso obviamente se multiplicaron los palacios de justicia, las cosas ocurridas en el Caquetá, lo que ocurrió hace dos o tres días aquí en Medellín, lo que ocurrió con la empresa de cementos, etc. Déjenme llamar la atención sobre una cosa que me parece particularmente preocupante. Es el problema del militarismo en este momento en el país. Vamos a tratar de conceptualizarlo para decir que es lo que entendemos por eso. Yo diría llamar militarismo, a la actitud política de quien piensa que la mejor manera de solucionar un debate sociopolítico es matando al adversario. Eso es militarista venga de donde viniere, si yo no tengo derecho a disentir y si usted para que entremos en una discusión me pone un fusil sobre la mesa, esa es una posición militarista y lo digo porque yo he encontrado bastantes militares en Colombia que no son militaristas, son más civilistas que muchos civiles y he encontrado muchos civiles que son mucho más militaristas que los militares.

En Colombia con el desarrollo de la teoría de la seguridad nacional, que ha cundido por toda América Latina, estas cosas han cogido un arraigo en la tradición católica nuestra, que hace muy compleja la situación. Es que los católicos no somos ajenos a esto del militarismo, nosotros hicimos las cruzadas; en nombre de Cristo matamos a mucha gente de Palestina; nosotros hicimos la inquisición, nosotros los católicos en nuestra historia y a través de la inquisición quemamos en la hoguera a muchos hombres y mujeres ó porque pensaban diferente a nosotros ó porque nos parecía que tenían comportamientos éticos que nosotros no podíamos soportar y siempre lo hacíamos en nombre de Dios, para defender a la religión, matábamos a las personas.

La teoría de la seguridad nacional lo que le dice al ejército, es que el ejército tiene que defender la civilización cristiana y que en nombre del Dios de los cristianos, hay que hacer todo lo que sea necesario, para que en el país no haya sino gente de bien.

El contenido violento que hay en ese tipo de posiciones es obvio para todos ustedes, así que no voy a enfatizar, pero yo quisiera terminar invitándolos a que tratemos de encontrar salidas a esta situación, a sabiendas de que muchos elementos de los aquí levantados se quedan extraordinariamente cortos. Ojalá retomemos en la tarde tan-

to los elementos básicos desde la misma sicología humana que nos han traído esta mañana como los elementos políticos que vamos a tener en la tarde.

Pero uno sí diría; ¿y qué alternativas buscar o por lo menos que parámetros para buscarle alternativas a una situación tan enormemente difícil? Sobre eso, quisiera lanzar también algunas ideas para que después las discutamos. En primer lugar, me parece que hay que hacer un cambio radical en el país. Fácil de decirlo, complicadísimo de enfrentarlo. Pero si lo que hay es una realidad holística, total, violenta, eso hay que cambiarlo de raíz. En segundo lugar, no hay posibilidad de salidas militares, ojalá lo abordemos más crudamente en esta tarde, pero obviamente que esa salida de la guerra sucia, es absolutamente equivocada. No solamente absolutamente equivocada sino totalmente perversa, totalmente antiética en términos de ética civil, por el elemento de lo contraproducente, que es tan importante dentro de la ética civil; una cosa, un medio, es malo desde el momento en que se percibe que comienza a producir resultados contrarios a los que se quieren. Este mismo cuestionamiento hay que hacérselo a la guerrilla y el mismo cuestionamiento hay que hacérselo a toda la política, desde el estamento militar que promueve la guerra como una solución al problema que estamos viviendo.

La primera fase de Alfredo de los Ríos esta mañana, era la violencia como salida fácil. Las salidas no violentas son mucho más complicadas. Se podría casi poner una comparación de estos términos, para discutirla con los hombres y mujeres que toman las armas en Colombia como una salida. Si este salón estuviese lleno de gas inflamable, como está llena Colombia de gas mortal inflamable, que se propusiera aquí a toda la sala que buscáramos soluciones para sacar el gas que nos está matando y uno de ustedes prende un fósforo. Sí, el gas se acaba pero nos vamos todos. Esto sirve para mostrar un poco lo que pasa con las salidas violentas en una circunstancia tan preñada de violencia como la que estamos viviendo en el país.

En tercer lugar creo que tenemos que trabajar fuertemente por construir una sociedad civil, que tenemos que trabajar muy fuertemente por crear una civilización estatal. No me voy a detener en los puntos porque no tenemos tiempo. Tenemos que deshacer de abajo hacia arriba la teoría de la seguridad nacional que campea en nuestro ejército, que tenemos que enfrentar el problema de la mafia pero no solamente desde el lado policivo y militar, sino desde toda la complejidad económica y ética que está allí presente y finalmente, creo que tenemos que convencernos que la salida de esta situación que estamos viviendo en Colombia, no es gratis. La paz que nos preocupa a todos va a ser enormemente costosa en Colombia, nos va a costar a to-

dos personalmente y como instituciones; a nivel de la institución nacional y de las regionales, todos tenemos que pagar los precios de esa paz. La redistribución de las tierras, la redistribución de los ingresos, la decisión de acompañar los procesos populares aquí en Colombia, seguramente la necesidad de utilizar métodos que nosotros no hemos vivido en Colombia y que posiblemente por no haberlos explorado suficientemente, todavía a veces tratamos de demonizar, los paros cívicos, las movilizaciones populares, la desobediencia civil, para ir construyendo alternativas diferentes.

Yo con esto termino. He tratado solamente de referirme a la violencia como una totalidad que nosotros tenemos en el país, he tratado de dar algunos cuestionamientos de cómo es posible que un país católico esté viviendo estas realidades y he tratado de invitarlos para que discutamos crudamente alternativas para buscar salidas.

Muchas gracias.